

Juan Carlos Losada

ESPAÑA CONTRA EL IMPERIO OTOMANO

La lucha por el control del Mediterráneo
desde el siglo XVI al XVIII

la esfera  de los libros

Índice

<i>Introducción</i>	11
---------------------------	----

PRIMERA PARTE

EL MARCO ESTRATÉGICO DE LA LUCHA EN EL MEDITERRÁNEO

1. LOS OTOMANOS ENTRAN EN LA HISTORIA	21
2. ARMAS, EJÉRCITOS, NAVÍOS Y ESTRATEGIAS	31

SEGUNDA PARTE

LA PUGNA POR EL MEDITERRÁNEO

3. LAS PRIMERAS CAMPAÑAS: LOS REYES CATÓLICOS	49
4. LAS CAMPAÑAS NORTEAFRICANAS DE CARLOS V	73
5. EL PELIGRO SE AGUDIZA	91
6. LA GLORIOSA JORNADA DE TÚNEZ (1535)	105
7. EL DESASTRE DE ARGEL (1541)	123

TERCERA PARTE

FELIPE II: DEL GRAN CHOQUE A LA COEXISTENCIA

8. EL HOLOCAUSTO DE CIUTADELLA (1558)	143
9. LA NUEVA ARMADA	157

10. LA DEFENSA DE MALTA (1565)	169
11. EL FRENTE INTERIOR: LA SUBLEVACIÓN DE LAS ALPUJARRAS (1568-1570)	185
12. LEPANTO (1571)	193
13. EL MEDITERRÁNEO TRAS LEPANTO. TÚNEZ (1573-1574)	227
14. LAS TREGUAS CON LOS OTOMANOS	237

CUARTA PARTE

LAS GUERRAS CONTRA LOS TURCO-BERBERISCOS EN EL SIGLO XVII

15. EL MEDITERRÁNEO QUEDA EN SEGUNDO PLANO	255
16. LA EXPULSIÓN DE LOS MORISCOS Y LA PIRATERÍA. LA REPÚBLICA DE SALÉ	269
17. LA GUERRA EN EL MEDITERRÁNEO CONTRA LOS PIRATAS EN EL SIGLO XVII	281

QUINTA PARTE

EL SIGLO XVIII: ENTRE LA NOSTALGIA Y LA RAZÓN

18. LOS CAMBIOS EN LAS FORMAS DE LA GUERRA EN EL SIGLO DE LAS LUCES	307
19. ESPAÑA Y EL NORTE DE ÁFRICA	317
20. LAS ÚLTIMAS EMPRESAS ESPAÑOLAS CONTRA LOS BERBERISCOS	335
<i>Epílogo. La piratería del siglo XIX</i>	371
<i>Bibliografía</i>	377

Introducción

La cristiandad llevaba en guerra contra el islam desde hacía siglos. Era el enemigo por antonomasia y el recuerdo de las cruzadas y el sentimiento de desgarró por ver en manos infieles los Santos Lugares, seguía presente en toda Europa. Por si fuera poco, en 1453, el naciente y poderoso Imperio otomano había aniquilado al Imperio bizantino, heredero de Roma, ocupando la legendaria Constantinopla, que nunca más sería cristiana. Además, irrumpiendo en los Balcanes los otomanos ascendieron por Europa llegando a las puertas de Viena, por lo que la amenaza de los musulmanes invasores estaba cada vez más presente en la mentalidad europea al inicio de la Edad Moderna.

En la España de los inicios del siglo XVI esta impresión de amenaza era aún mayor. Granada se había conquistado muy recientemente, en 1492, entre grandes fiestas de la cristiandad, pues para ella era una especie de compensación por la terrible pérdida de Constantinopla poco antes a manos de los turcos. Las duras guerras contra el último reino musulmán de España apenas habían acabado hacía solo una década y aún se daban rescoldos de resistencia en la misma ciudad andaluza y en las zonas más escabrosas de las sierras cercanas. España comenzaba entonces su consolidación como estado moderno y este empeño pasaba por la uniformización ideológica. Esto suponía, sobre todo, eliminar toda disidencia religiosa que, por entonces, incluía acabar con la presencia de judíos y musulmanes. Los Reyes Católicos, a través del cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, pusieron especial empeño en este tema, a pesar de que suponía una violación de las capitulaciones firmadas con el último monarca del reino musulmán de Granada, el rey Boabdil. La construcción del estado absoluto de las

monarquías modernas pasaba, ineludiblemente, por construir una fe religiosa única y militante que apoyasen a la monarquía a cambio de que esta hiciese lo mismo con la religión única. No eran tiempos de tolerancias ni de aceptación de disidencias, sino de firmes ortodoxias e intransigencias.

Este fue un proceso y un objetivo compartido por la monarquía y la Iglesia que se extendió hasta el mismo siglo XVII y que, a su vez, se entrelazó con las guerras contra los turcos y sus súbditos berberiscos en el Mediterráneo; dos dinámicas (consolidación como estado y guerras) que se alimentaron mutuamente. Ambos fenómenos, estado de conflicto bélico permanente con los turcos y uniformidad religiosa forzada en España, estarían indudablemente relacionados. Sin duda, la identidad del reino de España que se estaba comenzando a cimentar pasaba, ante todo, por conseguir que todos los vasallos de la corona no solo fuesen obedientes al poder, sino también unos fervientes cristianos ciegameamente sumisos a la Iglesia. Recordemos que la religión era entonces el principal soporte de los estados, el principal factor de movilización y motivación de la población, y, además, aparte de la fervorosa adscripción a Roma, la identidad española que se estaba construyendo en esos momentos pasaba por una feroz lucha contra el mundo musulmán, ese enemigo exterior que daría rasgos de identidad propia y diferenciación, de las construcciones nacionales de Portugal o Francia, por ejemplo y, por supuesto, aún más de los más lejanos reinos del norte de Europa.

Pero esta absoluta intolerancia y fanatismo a los ojos actuales no fue una situación únicamente española. Procesos similares de uniformización, de creación de «unanimismo» religioso, social y cultural, se iban a acometer en los distintos reinos europeos, pues se contemplaban como algo imprescindible en el tránsito del mundo feudal al de las monarquías absolutas. Todos esos estados precisaban súbditos totalmente sumisos al poder político y religioso, que eran las dos patas de este poder. Con ello comenzaban los periodos de intolerancia más fanática ante toda diversidad o disidencia, fuese política, cultural o religiosa, que se extendería, no ya por España, sino por toda Europa durante los siguientes dos siglos y que tendría consecuencias sangrien-

tas, como las persecuciones religiosas, prisión, ejecución y castigos a centenares de miles de personas acusadas de herejía, disidencia política, brujería, etcétera. También se trasladó al plano de la política internacional, con las guerras de Flandes, las de Carlos V contra los protestantes alemanes, las guerras civiles en Inglaterra y Francia o la aún más terrible guerra de los Treinta Años, en la que la religión jugó un papel decisivo como factor aglutinante. Recordemos que el XVI y el XVII fueron siglos muy sangrientos en Europa, en donde las guerras entre los estados modernos en construcción se mezclaron con las matanzas por cuestiones religiosas contra católicos, judíos y protestantes en sus diversas tendencias.

Pero, si bien es cierto que la lucha contra el turco y contra el islam tuvo una gran importancia para la consolidación de la identidad política e ideológica en España, también lo tuvo, en sentido inverso, para el mundo islámico y, en concreto, para la Sublime Puerta. No en vano, los piratas que hoy denostamos desde la historiografía española por sus acciones criminales de muerte y saqueo son venerados en la actual Turquía como héroes nacionales. Piratas asesinos para nosotros y héroes para ellos y viceversa, obviamente. Por supuesto, en el norte de África también se instaló un fuerte ánimo de revancha tras la toma de Granada, pues de sus costas partieron miles de desterrados, expulsados por los vencedores cristianos. Recordemos que pocas cosas aglutinan más a una sociedad, sea la que sea, que la lucha feroz contra un enemigo extranjero amenazador, y aún más si este profesa una religión distinta, pues esta diferencia es la que permite enfervorizar a las masas combatientes, prometiéndoles recompensas espirituales que añadir a las meramente materiales que se obtienen del inmediato fruto del botín de guerra o de la captura de esclavos. Riqueza y paraíso son la combinación perfecta para motivar a la población a la guerra.

Esta mutua y abierta hostilidad entre islam y cristiandad en España, expresada de modo acentuado en las guerras de Granada de fines del siglo XV, tuvo una casi inmediata continuidad en los enfrentamientos bélicos que rápidamente estallaron entre España y el Imperio otomano y sus vasallos (los berberiscos) y que se prolongaron hasta finales del siglo XVIII. En el siglo XVI dos expansionismos, el español y el

turco, iban a chocar en un terreno sobre el que se disputarían el control y que no era otro que el Mediterráneo y sus costas. No tuvo solamente una vertiente de aspirar a un dominio territorial y marítimo, de conquistar militarmente, sino que el factor económico, como el de saqueo de riquezas y esclavos por parte de los berberiscos y turcos (y de impedirlo por parte española), así como el control de las rutas comerciales, también fue, como veremos, muy importante. Su inicio lo podemos situar en los albores del siglo, periodo álgido de ambos expansionismos, pero tuvo una continuidad en los siglos XVII y XVIII, aunque con intensidad decreciente, pues en estas centurias ya no se puede hablar de expansionismo, sino de lucha por la conservación de los respectivos ámbitos de influencia y actividad. A principios del XIX acabaron los últimos rescoldos del enfrentamiento contra los berberiscos de modo ya definitivo.

Sin las guerras contra los turcos, que representaban el brazo más potente del islam en la Edad Moderna, ni España, ni Europa, ni Turquía serían lo que hoy son. No solo desde el punto de vista militar y político, sino también desde el cultural. Porque, aparte de las guerras y conflictos, también hubo periodos de paz, de embajadas, de conversaciones, de intercambios comerciales y de transmisión cultural que discurrieron en ambas direcciones. El Mediterráneo y sus costas fueron campos de batalla y frontera. Pero en toda frontera hay, incluso en los peores momentos, comercio, intercambio cultural, mutuas influencias, personajes novelescos que cambiaban de bando, aventureros, espías, renegados, desertores, pícaros, delincuentes y supervivientes de todo tipo, esos «hombres de frontera» que han inspirado y nutrido la literatura, pero que fueron reales y trataron de medrar en ese mundo complejo y hostil. En el XVIII, por ejemplo, en un siglo en donde la paz y el equilibrio de fuerzas fue más constante, las costumbres otomanas se extendieron por Europa: desde la arquitectura, la música, el gusto por el café, los jardines y las flores (concretamente los tulipanes), a la literatura, las vestimentas, etcétera, suavizándose en algo el justificado odio hacia los turcos, que habían frenado sus conquistas en Europa. Pero esta cierta indulgencia no se extendió hacia los piratas berberiscos, ya que siguieron actuando criminalmente al gozar de una amplia

autonomía respecto a Constantinopla, por lo que siguieron dejando un profundo odio, temor y huella cultural en todas las costas mediterráneas. Hoy en día, por ejemplo, en muchas localidades de la Comunidad Valenciana y las Baleares se celebran las fiestas de moros y cristianos, que recuerdan no las batallas entre los reinos cristianos y los musulmanes de la Edad Media, sino las frecuentes correrías e incursiones de los piratas turcos y berberiscos que asolaban con terrible frecuencia sus tierras y que obligaban a las autoridades locales y a los vecinos a defenderse con lo poco que tenían a mano.

Ciertamente, décadas después de acabar con la amenaza turco-berberisca, el resurgimiento de los conflictos de España con el Marruecos de la segunda mitad del siglo XIX y de principios del XX, supone una cierta línea de continuidad en la animosidad entre el mundo musulmán y el cristiano, aunque con causas y métodos bien distintos, por lo que ya no son competencia de este libro.

A lo largo de las siguientes páginas vamos a recorrer someramente, de modo cronológico, los enfrentamientos entre nuestro país y el Imperio otomano, incluyendo sus teóricos súbditos berberiscos, desde los inicios del siglo XVI, cuando España se conformó como estado moderno, hasta el siglo XVIII. Fueron contiendas de diversa entidad, que iban desde grandes batallas a choques pequeños pero constantes, de terrible desgaste económico y humano. Ciertamente, ninguna batalla, choque o enfrentamiento por sí solo fue determinante para cambiar o alterar el curso de la historia. Pero sí que ese reguero de enfrentamientos, que costó millones de vidas, esclavos, heridos, torturados, apresados... frenó el expansionismo otomano que, sin el protagonismo de España, sin duda habría alcanzado fronteras más lejanas. En su conjunto, la acción de España fue determinante para salvar al Mediterráneo occidental de una más que posible invasión en toda regla por parte de los turcos, una de las grandes potencias de la época. Sin esas contiendas que llevaron a frenar el expansionismo otomano, posiblemente la Europa actual sería bastante distinta a la que es hoy en día. Pero también, la existencia y consolidación del poderoso imperio de los turcos imposibilitó el sueño cristiano de recuperar Constantinopla y, no digamos, los Santos Lugares.